

Nota del autor



JOSEPH CONRAD

Nota del autor

LOS PRÓLOGOS DE CONRAD
A SUS OBRAS

CON UN ENSAYO DE

Edward Garnett

TRADUCCIONES DE

Catalina Martínez Muñoz,

Eugenia Vázquez Nacarino

y Miguel Martínez-Lage



Ediciones La uña Roja

Colección Libros del Apuntador

Título original:

Conrad's Prefaces to His Works

Primera edición: octubre de 2013

Copyright de la traducción © 2013:

Catalina Martínez Muñoz por *Nostromo, El espejo del mar, El agente secreto, Un sexteto, Bajo la mirada de Occidente, Entre la tierra y el mar, Entre mareas, Victoria, La línea de sombra, La flecha de oro, Notas de vida y letras, Victoria* (apéndice).

Miguel Martínez-Lage por: *Azar, Crónica personal, Salvamento, Algunas reminiscencias.*

Eugenia Vázquez Nacarino por: *La locura de Almayer, Un vagabundo de las islas, Cuentos de inquietud, Lord Jim, Juventud, Tifón y otros relatos, El negro del «Narcissus», El lugar de Conrad en la literatura inglesa.*

Ilustración de la cubierta: © Ramon Sanmiquel, 2013

Diseño y maquetación: Arcadio Mardomingo

© de la presente edición

La uña RoTa

Apdo. de correos 380, 40080 Segovia

ediciones@larota.es

www.larota.es

Depósito legal: SG-159/2013

ISBN: 978-84-95291-27-1

IBIC: DN

Impreso en España

Impresión: Villena Artes Gráficas

ÍNDICE

LA LOCURA DE ALMAYER.....	11
UN VAGABUNDO DE LAS ISLAS	15
EL NEGRO DEL «NARCISSUS»	23
CUENTOS DE INQUIETUD	31
<i>Karain: un recuerdo</i>	
<i>Los idiotas</i>	
<i>Una avanzada del progreso</i>	
<i>El regreso</i>	
<i>La laguna</i>	
LORD JIM.....	39
JUVENTUD	45
<i>El corazón de las tinieblas</i>	
<i>El final de la cuerda</i>	
TIFÓN Y OTROS RELATOS	51
<i>Amy Foster</i>	
<i>Falk: una reminiscencia</i>	
<i>Mañana</i>	

NOSTROMO	59
EL ESPEJO DEL MAR	71
EL AGENTE SECRETO	77
UN SEXTETO	89
Un relato romántico: <i>Gaspar Ruiz</i>	
Un relato irónico: <i>El confidente</i>	
Un relato indignado: <i>El Bruto</i>	
Un relato desesperado: <i>Un anarquista</i>	
Un relato militar: <i>El duelo</i>	
Un relato patético: <i>Il Conde</i>	
BAJO LA MIRADA DE OCCIDENTE	97
CRÓNICA PERSONAL	103
ENTRE LA TIERRA Y EL MAR	115
<i>Una sonrisa de la fortuna</i>	
<i>El copartícipe secreto</i>	
<i>Freya, la de las siete islas</i>	
AZAR	121
ENTRE MAREAS	129
<i>El hacendado de Malata</i>	
<i>El socio</i>	
<i>La posada de las Dos Brujas</i>	
<i>Por culpa de unos dólares</i>	

VICTORIA	137
LA LÍNEA DE SOMBRA	149
LA FLECHA DE ORO	157
SALVAMENTO	163
NOTAS DE VIDA Y LETRAS	171
APÉNDICE	179
<i>Prefacio familiar</i>	
<i>Victoria</i>	
EPÍLOGO	197
<i>El lugar de Conrad en la literatura inglesa,</i> por Edward Garnett	

LA LOCURA DE ALMAYER

Almayer's Folly fue publicado en 1895

Me consta que al criticar esa literatura que se nutre de pueblos foráneos y ronda por países lejanos a la sombra de las palmeras, en playas azotadas por un sol de justicia, entre caníbales honestos y los más sofisticados pioneros de nuestras gloriosas virtudes, una dama, distinguida en el mundo de las letras, resumió su rechazo diciendo que esos relatos eran «barbarizantes». Y en esa sentencia no sólo los relatos, sino entiendo que también los pueblos foráneos y los países lejanos, acabaron condenados por un veredicto de disgusto cargado de desdén.

El juicio de una mujer, intuitivo, sagaz, expresado con oportuno encanto: infalible. Un juicio que nada tiene que ver con la justicia. Quien así critica y enjuicia parece pensar que en esas lejanas tierras toda alegría es un alarido y una danza de guerra, que toda emoción es un aullido y una mueca atroz de dientes afilados, y que la solución a los problemas se halla siempre en el cañón de un revólver o en la punta de una azagaya. Y no es así. Sin embargo, el errado juez podrá escudarse en la naturaleza engañosa de la evidencia.

La vida se retrata, allí como aquí, con el mismo gusto por el detalle, se pinta con los mismos tonos. Sólo bajo la serenidad inclemente del cielo, al resplandor de un sol implacable, la mirada encandilada no distingue el detalle delicado, ve únicamente los trazos gruesos, en tanto que los colores, a la luz recia, parecen toscos, sin sombras. Aun así, la imagen es la misma.

Y existe un vínculo entre nosotros y esa humanidad tan lejana. Me refiero a los hombres y las mujeres, no a las adorables y estilizadas fantasmagorías que se mueven en nuestro mismo lodo y fuman e irradian la tenue luminosidad de todas nuestras virtudes; que poseen el conjunto de los refinamientos, la sensibilidad, la sabiduría, pero, al no ser más que fantasmagorías, carecen de corazón.

Acaso sus simpatías armonicen más con los seres inmortales: los ángeles del cielo o los demonios del infierno. A mí me basta con simpatizar con los mortales corrientes, vivan donde vivan, sea en casas o al abrigo de un toldo, sea en calles cubiertas por la niebla o en selvas, tras la línea oscura del lúgubre manglar que bordea la vasta soledad del mar. Porque su tierra, como la nuestra, se extiende ante la mirada inescrutable del Altísimo. Sus corazones, como los nuestros, deben soportar la carga de los dones del cielo: la maldición de la realidad y la bendición de las ilusiones, la amargura de nuestra sensatez y el engañoso consuelo de nuestra locura.

J. C., 1895

UN VAGABUNDO DE LAS ISLAS

An Outcast of the Islands fue publicado en 1896

Un vagabundo de las islas es mi segunda novela, en el sentido más absoluto de la palabra: la segunda en concepción; la segunda en ejecución; la segunda, por así decir, en esencia. No hubo titubeos, esbozos, ideas vagas, ni aun la menor ilusión de otra cosa entre esta novela y la *La locura de Almayer*. La única duda que me asaltó tras la publicación de *La locura de Almayer* fue si debía dar una sola línea más a la imprenta. En aquellos tiempos, que tan vagamente recuerdo, no faltaron momentos dolorosos. Ni en mi cabeza ni en mi corazón había renunciado yo al mar. A decir verdad me aferraba a él desesperadamente, con mayor desesperación si cabe, puesto que, en contra de mi voluntad, no podía dejar de sentir que algo había cambiado en mi relación con el mar. *La locura de Almayer* estaba lista y terminada. Lo que me motivó escribirla se había esfumado. Dejó, sin embargo, el recuerdo de una experiencia que ni en mi pensamiento ni en mis emociones guardaba relación alguna con el mar, y supongo que esa faceta moral mía enraizada en la coherencia se resintió gravemente. Prisionero de fuerzas contrarias, caí en un estado de inmovilidad. Me entregué a la indolencia. Al verme incapaz de enfrentarme a cualquiera de ellas, opté por no enfrentarme a nada. El descubrimiento de nuevos valores en la vida es una experiencia sumamente caótica: todo parece agolparse, confundirse y sumirse por momentos en la oscuridad. Permití que mi espíritu, lánguido, flotara en aquel caos.

Una frase de Edward Garnett es, de hecho, responsable de este libro. Por ser la suya la primera amistad que entablé gracias a la escritura, no fue sino natural que en ese momento depositara en él mis confidencias. Una noche, después de cenar juntos y hacerle yo partícipe de mis tribulaciones (temo que acabara algo hastiado de oírlas), señaló que no había necesidad de tomar decisiones terminantes sobre mi futuro. Y a continuación añadió: «Tiene usted el estilo, tiene el temperamento; ¿por qué no escribir otro?». Creo que, en la medida en que un hombre pueda desear influir en la vida de otro hombre, Edward Garnett deseaba sinceramente que yo siguiera escribiendo. Tanto en ese momento como en lo sucesivo, siempre se mostró muy paciente y delicado conmigo. Sin embargo, lo que más me sorprende de aquel comentario, formulado como si tal cosa, no es tanto su delicadeza como su juiciosa eficacia. Si hubiera dicho: «¿Por qué no seguir escribiendo?», es muy probable que me hubiera ahuyentado de la pluma y la tinta para siempre; en cambio, no había nada que temer, nada que pudiera despertar mi antagonismo en la mera sugerencia de «escribir otro». Y ése fue el revulsivo que me hizo superar el insidioso punto muerto en que habían caído mis asuntos. La palabra «otro» obró el cambio. Alrededor de las once de una agradable noche londinense, Edward y yo recorrimos calles interminables hablando de muchas cosas, y recuerdo que, al llegar a casa, me senté a escribir y compuse media página de *Un vagabundo de las islas* antes de acostarme. Así fue cómo me comprometí definitivamente, no diré que con otra vida, pero sí con otro libro. Al parecer, hay algo en mi carácter que no me permite abandonar para siempre ningún trabajo que haya empezado. He dejado de

lado muchos comienzos. Los he dejado con pesar, con disgusto, con rabia, con melancolía, y aun con desprecio hacia mí mismo; pero, hasta en el peor de los casos, cierta inquietud de conciencia me decía que tendría que volver sobre ellos.

Un vagabundo de las islas pertenece a las novelas que nunca dejé de lado; y, aunque me concedió el título de «escritor exótico», no creo que la acusación esté justificada en absoluto. Por más que me esfuerce, no hallo el menor atisbo de exotismo en la concepción o el estilo de esa novela. Es, desde luego, la más *tropical* de mis novelas orientales. El paisaje en sí me apresó con una fuerza inusitada a medida que avanzaba en la escritura, quizá porque (no me duelen prendas en confesarlo) la historia misma nunca me llegó al corazón. Atraía mi imaginación mucho más que mi afecto. En cuanto a mis sentimientos por Willems, no pasaban de la consideración que de una forma u otra se tiene por el personaje que uno ha creado. Como es natural, no podía ser indiferente a un hombre a quien yo mismo había llenado la cabeza de maldad, por el mero hecho de imaginarlo como aparece en la novela; y por añadidura, con tan poco fundamento.

El hombre que me sugirió a Willems no tenía especial interés como persona. Me atraía en cambio su posición dependiente, su extraña y dudosa condición de europeo que no despierta la confianza ni el agrado de los demás, de hombre acabado y tolerado a regañadientes en un poblado oculto en el corazón de la selva, en el curso alto de un río oscuro por el que sólo nuestro barco se adentraba, pues allí no llegaban más tripulaciones de hombres blancos. Con los pómulos hundidos y bien afeitados, un gran mostacho y unos ojos inex-

presivos, enfundado siempre en una impecable túnica con presillas de pasamanería en la pechera, que dejaba al descubierto el cuello enjuto, y calzado tan sólo con unas sandalias de esparto, deambulaba silencioso a la luz del día entre las casas, casi tan mudo como un animal, y en apariencia mucho más desamparado. No sé lo que hacía por las noches. Disponía probablemente de algún tipo de vivienda, una choza, una techumbre de hojas de palmera, una barraca donde guardar la navaja de afeitar y las túnicas de repuesto. Lo envolvía un halo de misterio fútil, no exactamente oscuro, pero sin duda desagradable. La única información concreta que pude sacar en claro fue que había sido él quien «trajo a los árabes río arriba». Tuvo que ocurrir hacía muchos años, pero ¿cómo se las arreglaría? Desde luego, no había remontado el río llevándolos en brazos, como a un puñado de gatitos. Supe que Almayer fundaba la cronología de todas sus desgracias en la fecha del aciago suceso; y aun así, la primera vez que cenamos con él, ahí estaba Willems, sentado a nuestra misma mesa como un convidado de piedra, rechazado sin disimulo y sin que nadie le dirigiera la palabra ni una sola vez, y recibiendo por toda muestra de reconocimiento una mirada venenosa de Almayer de vez en cuando, que yo observaba con gran sorpresa. A lo largo de la velada, aquel hombre aventuró un único comentario, que no alcancé a entender porque su pronunciación era imperfecta, como si hubiera olvidado el habla. Fui el único que pareció reparar en aquellos sonidos. Willems se dio por vencido. No tardó en retirarse, claramente ignorado, ¿a la selva, quizá? Ésta acechaba en toda su inmensidad a unas trescientas yardas del porche, dispuesta a engullirlo todo. Almayer, que conversaba con mi capitán, no dejó de ha-

blar mientras lanzaba una mirada iracunda a la espalda que se alejaba. ¡Pues no había traído aquel sujeto a los árabes río arriba! Sin embargo, Willems se presentó a la mañana siguiente en el porche de Almayer. Los distinguí a los dos perfectamente desde el puente de mando del vapor. Desayunaban juntos, *tête-à-tête*, y supongo que en un silencio sepulcral, uno con aire de no albergar ningún interés por las cosas de este mundo, y el otro lanzando de vez en cuando aquellas miradas cargadas de disgusto.

Saltaba a la vista que en aquellos tiempos Willems vivía de la caridad de Almayer. Sin embargo, al volver a Sambir dos meses después, me enteré de que había emprendido una expedición río arriba, al timón de un barco de vapor propiedad de los árabes, para hacer algún tipo de descubrimiento. A raíz de la extraña reticencia que todo el mundo manifestaba al hablar de Willems, me fue imposible enterarme de los pormenores de aquella transacción. Además, yo era un recién llegado, el más joven de la tripulación, y sospecho que no se me consideraba aún digno de plena confianza. No me inquietaba mucho esa exclusión. La vaga insinuación de conspiraciones y misterios relacionados con los asuntos de Almayer me entretenía sobremanera. Era obvio que Almayer estaba muy afectado. Creo que añoraba inmensamente a Willems. Tenía un aspecto siniestro y preocupado, y hablaba con mi capitán en tono confidencial. Alcancé tan sólo a captar algunas frases sueltas, murmuradas entre dientes. Y luego, una mañana, cuando crucé la cubierta para ocupar mi lugar en la mesa del desayuno, Almayer refrenó su discurso de tonos graves. El rostro de mi capitán era del todo impenetrable. Hubo un instante de profundo silencio y, de pronto,

como si fuera incapaz de contenerse, Almayer estalló en voz alta, con mal genio:

—Sólo una cosa es cierta: si ahí arriba encuentra algo que merezca la pena, lo envenenarán como a un perro.

Aunque inconexa, la frase daba que pensar y sin duda valió la pena escucharla. Abandonamos el río tres días después y nunca volví a Sambir; pero, al margen de lo que pudiera ocurrirle al hombre que inspiró mi personaje, nadie negará que le he concedido a mi Willems un destino menos sórdido.

J. C., 1919